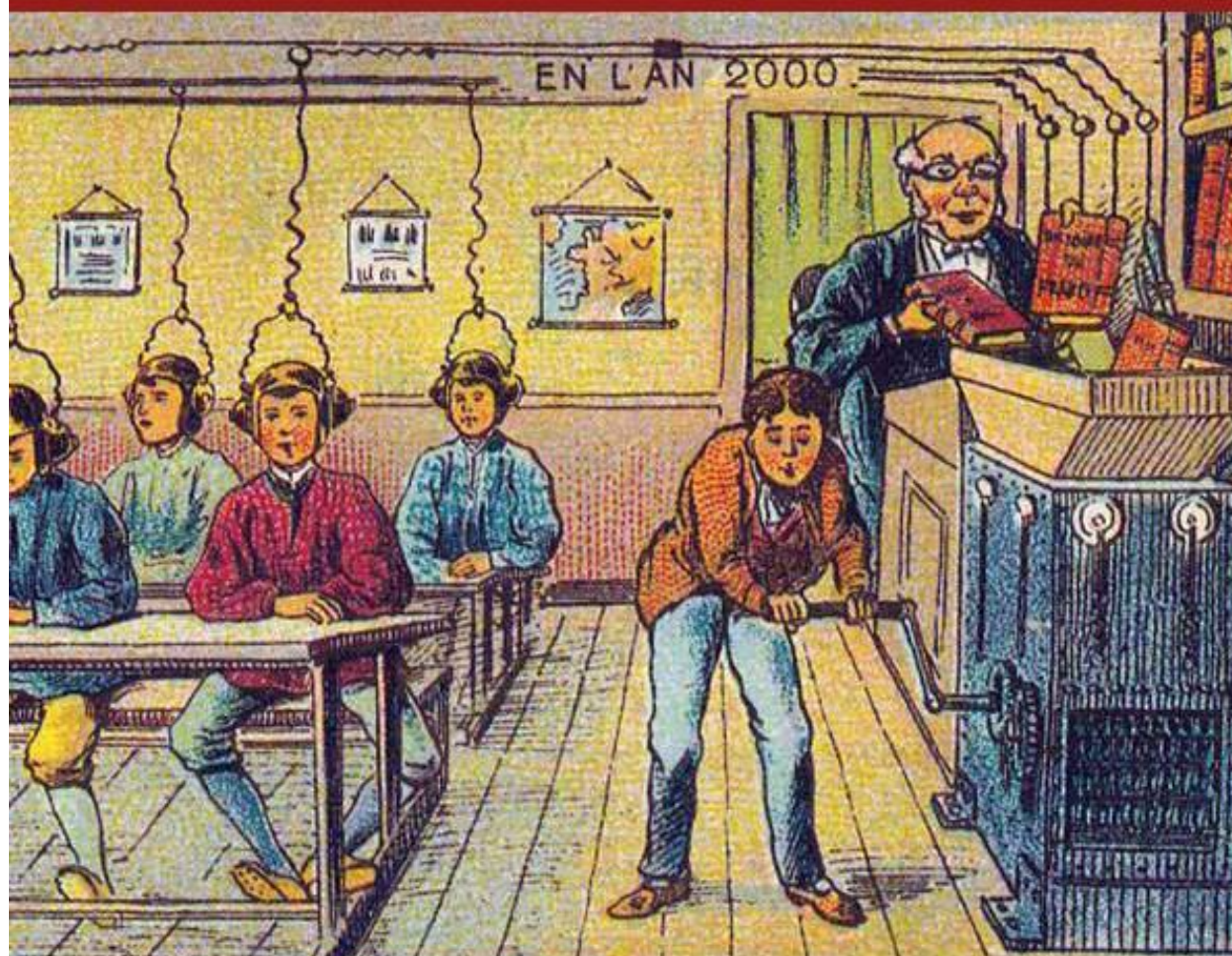


Asociación de Historia Contemporánea
Actas del XIV Congreso

DEL SIGLO XIX AL XXI. TENDENCIAS Y DEBATES
(Alicante, 20-22 de septiembre de 2018)

Mónica Moreno Seco (coord.)
Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2019

Asociación de Historia Contemporánea. Congreso (14.º. 2018. Alicante)

Del siglo XIX al XXI. Tendencias y debates: XIV Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, Universidad de Alicante 20-22 de septiembre de 2018 / Mónica Moreno Seco (coord.) & Rafael Fernández Sirvent y Rosa Ana Gutiérrez Lloret (eds.)

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2019. 2019 pp.

ISBN: 978-84-17422-62-2

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019.

Este libro está sujeto a una licencia de “Atribución-NoComercial 4.0 Internacional (CC BY-NC 4.0)” de Creative Commons.



© 2019, Asociación de Historia Contemporánea. Congreso

Algunos derechos reservados

ISBN: 978-84-17422-62-2

Portada: *At School*, Jean-Marc Côté, h. 1900.

¿ESPLENDOR ANTES DE LA HECATOMBE? ESPAÑA Y LA CUESTION DEL TUAT EN 1896

Francisco Manuel Pastor Garrigues

A mis padres

En sí misma, «la cuestión del Tuat en 1896», las pretensiones de la Tercera República francesa de apoderarse a finales del siglo XIX del Sáhara oriental marroquí es una «cuestión mínima», de una relativa trascendencia en la historia del acoso colonial europeo al Imperio jerifiano: ese año, el gobierno francés intentó, en un paso más de su escalada agresiva hacia el Imperio marroquí, controlar el territorio del Tuat y el Gobierno del Sultán se opuso a ello, buscando el arbitraje español; el gobierno de Madrid, falto de los apoyos de la Tríplice, a su vez, intentó actuar de acuerdo con Gran Bretaña y Francia dejó caer su reclamación, ignorando la propuesta de arbitraje. Sin embargo, si tenemos en cuenta la importancia para España de sus relaciones con Gran Bretaña y Francia en el marco de la crisis de 1898, la correspondencia diplomática española, la única que hemos alcanzado a manejar en torno a la pretensión francesa sobre el Tuat podría iluminar el punto de partida de la posición española sobre Marruecos, entre la Guerra de Melilla de 1893 y la crisis de 1898, en el marco de su dimensión colonialista y en el de sus relaciones con Francia y Gran Bretaña.

La historiografía del hecho imperial y las aspiraciones francesas sobre el Sáhara marroquí

La renovación actual de la historiografía del colonialismo y del hecho imperial nos permite ir, en todo caso, más allá del mero relato del incidente e introducirlo en una problemática más amplia. El nuevo gobierno francés, el ministerio Méline (1896-1898), con G. Hanoteaux en Asuntos Exteriores, el «ministerio de la Agrupación», apoyado por los banqueros y por la pequeña burguesía se decantaba por la ocupación del Sáhara marroquí. ¿Por qué acontecía esto, precisamente ahora? A finales del siglo XIX, el «edificio» colonial francés en el África subsahariana estaba prácticamente terminado, habiéndose llevado a cabo la unión con sus posesiones del norte a través del lago Chad. No obstante, todavía quedaba por llevar a cabo la ocupación efectiva de los confines saharo-sahelianos, además del establecimiento del protectorado francés en Marruecos. Martínez Milán ya apuntó en su día que en esa tesitura, la expansión sahariana era para el nuevo gobierno republicano una necesidad urgente⁴⁸⁶¹. Dentro de la historiografía gala actual, tal necesidad viene explicada de forma que el colonialismo de la III República sobre el norte de África respondería a unas causas de política de potencia. Se señala en este sentido, que a esas alturas el sistema internacional habría entrado en una fase de rivalidades más intensa; de este modo, en dicho cuadro el sistema de alianzas -la Dúplice francorusa frente a la Triple Alianza germano-austro-italiana- habría recreado una situación de equilibrio inestable

⁴⁸⁶¹ Jesús MARTÍNEZ MILÁN: «Un discurso relativo a la frontera sur del reino de Marruecos entre el reinado de Mulay Hassan I y el establecimiento del protectorado hispano-francés (1874-1912)», *Awrâq*, n.º XVII (1996), p. 251.

según la cual cada alteración de la posición de una potencia o sistema de potencias podía verse como una amenaza para otra potencia o serie de ellas. En este contexto, algunas zonas podían considerarse estratégicas para la propia defensa de la metrópoli (caso de Francia con respecto al Norte de África). Jean-Claude Allain, al respecto, recalca que para la III República, la baza marroquí fue sobre todo una pieza esencial de la organización de su defensa estratégica en Europa. De hecho, las posesiones galas de Túnez y Argelia eran vistas como vulnerables en el oeste: el sultán de Marruecos no representaba una amenaza pero se entendía que, en caso de una guerra en Europa, algún enemigo de Francia (¿Alemania?, ¿Inglaterra?) podría, de grado o por la fuerza, utilizar su territorio para atacar Argelia y obligar al gobierno galo a enviar allí unidades de combate a fin de debilitar su defensa en Europa⁴⁸⁶². Sin embargo, al margen del hecho inobjetable de que tales preocupaciones estratégicas o de política de potencia puedan estar presentes en el desencadenamiento de las actuaciones francesas, hay que rebajar el peso que estos historiadores les dan en el origen y desarrollo del proceso colonial. Y en todo caso, proceder a su posible integración en hipótesis más amplias y complejas que puedan multiplicar su fuerza interpretativa. Por su parte, para H. Brunschwig la explicación de la proyección colonial francesa se ha de encontrar en el auge del nacionalismo en la Tercera República profundamente herido por la derrota de 1870⁴⁸⁶³. Los argumentos de este autor han llegado a calar tanto en la historiografía gala que hasta los autores marxistas han aceptado su interpretación de que los aspectos económicos del colonialismo francés fueron insignificantes. En un intento por rescatar la interpretación marxista han mantenido que el imperialismo financiero galo -sin proyección militar- podía encontrarse en otras partes, en Rusia, en el Imperio otomano, etc. Este ejercicio dialéctico concluía que el colonialismo francés no fue imperialista, ni el imperialismo francés colonial⁴⁸⁶⁴.

Con todo, a pesar de lo dicho en el párrafo precedente, estudios posteriores han venido a matizar dichas tesis. Sobre el caso del colonialismo galo en el período 1880-1914 disponemos al respecto de varios estudios que parecen apuntar en otras direcciones. Así podríamos citar el trabajo conjunto de Bouvier, Girault y Thobie⁴⁸⁶⁵, según el cual, en efecto, la motivación económica habría estado prácticamente ausente en la expansión francesa hasta bien entrados los años '80; pero *después de esta época*, especialmente en Marruecos- y por ende, en el Sáhara- o Indochina, estos factores habrían jugado un papel mucho más importante, aunque comercio exterior (y capital industrial) e inversiones (capital financiero) habrían marchado por caminos separados durante todo el siglo XIX; a la altura de 1900-1904-1906 se empezaría a evidenciar una clara sintonía entre ambos sectores del capital, la cual se habría podido apreciar claramente en relación a Marruecos, el Imperio otomano, Rusia y los Balcanes. Por su parte, Jacques Marseille haciendo un uso amplio del banco de datos de la profesora Catherine Coquery-Vidrovitch sobre el comercio colonial francés (1880-1960) concluyó en que se dio una ruptura en la relación entre capitalismo y colonialismo francés, pero en todo caso fue posterior a 1930. En el período inicial, 1880-1930, la industria francesa necesitaba la salida del mercado colonial protegido y el matrimonio entre

⁴⁸⁶² Jean Claude ALLAIN: «La Conferencia de Algeciras en la estrategia diplomática francesa a comienzos del siglo XX», en José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD y Eloy MARTÍN CORRALES (eds.): *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2007, p. 53; ID: «La relation entre la France et le Maroc avant 1912, d'après leurs traités», en J.C. ALLAIN (ed.): *Représentations du Maroc et regards croisés franco-marocains*, Paris, L'Harmattan, 2004, pp. 75-92.

⁴⁸⁶³ Henri BRUNSCHWIG: *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français, 1871-1914*, Paris, Armand Colin, 1960.

⁴⁸⁶⁴ Jean BOUVIER y René GIRAULT (eds.): *L'Impérialisme français d'avant 1914*, Paris/La Haya, Mouton, 1976.

⁴⁸⁶⁵ Jean BOUVIER, René GIRAULT y Jacques THOBIE: *L'Impérialisme a la française*, Editions la découverte, 1986.

colonialismo y capitalismo fue feliz⁴⁸⁶⁶. Consecuentemente, debemos movernos ahora en el terreno de las consideraciones más generales: si algo parece claro, en efecto, a la altura de nuestros actuales conocimientos es que una aproximación *monocausal*, en el sentido de explicar la expansión colonial de la III República a partir de un único factor -el económico, por ejemplo- dejando a los demás como meros epifenómenos, sería extraordinariamente reduccionista o simplificadora. En este sentido, hay que destacar que ninguna aproximación sería al estudio del imperialismo francés en el noroeste africano podrá prescindir de elementos tan importantes a su modo como la existencia de los intereses de militares, exploradores, aventureros y políticos imperialistas locales de la colonia argelina⁴⁸⁶⁷.

Pero además, el imperialismo de la Tercera República tiene, a partir de 1871, y tras la derrota ante los prusianos, otras connotaciones: las derivadas de la generación de la ansiedad de un país en estado crítico y la respuesta en demanda de un imperio nos debe llevar a la conclusión de que el caso español, con la necesidad en el post-98 de un Imperio de recambio, en sustitución al perdido, no fue una excepción. Antes bien, cabe situarlo en el contexto de una verdadera «cultura de la derrota».⁴⁸⁶⁸ Por definición, el imperialismo de entresiglos conllevaba una dimensión de competición entre naciones (entre Estados). En dimensión comparada, encontraremos esta insistente ansiedad por no quedar atrás en Francia⁴⁸⁶⁹; también en el caso alemán, como ha insistido Sebastian Conrad, donde la preocupación por la degeneración y crisis nacional fue clave en el desarrollo del proyecto imperial⁴⁸⁷⁰. Y, lo que es especialmente relevante para la comparación con España, fue también en definitiva, el caso italiano, tras Adua, y el portugués tras el ultimátum británico de 1890, precisamente vinculados a la expansión africana. En el caso de las naciones «latinas», el argumento de su decadencia a partir de la derrota francesa en 1871 fue de extrema importancia en los círculos intelectuales y políticos propios⁴⁸⁷¹.

⁴⁸⁶⁶ Jacques MARSEILLE: *Empire colonial et capitalismo français: histoire d'un divorce*, Paris, 1984.

⁴⁸⁶⁷ Henri de LAMARTINIÈRE y Norbert LACROIX: *Documents pour servir à l'étude du Nord-Ouest africain*, Argel, Gobierno General de Argelia. Servicio de Asuntos Indígenas, 1894-1897, 4 vols. Tales intereses colonialistas y militares locales, imbricados en Argelia han sido estudiados en Fernando CABALLERO ECHEVARRÍA: *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar*, «Annual», Madrid, Universidad Complutense, 2013, Tesis de doctorado inédita, pp. 160-161. Los intereses colonialistas argelinos eran plenamente conscientes, por ejemplo, de que Marruecos privaba a Argelia del comercio sahariano, y veían en el Sultanato al más terrible adversario económico de la colonia. Sobre los intereses burgueses asentados en Argelia, en juego en la apertura de la cuestión marroquí, sobre el papel de científicos, sabios, exploradores, aventureros, los de la Escuela de Letras de Argel y la Sociedad Geográfica de Orán véase Saïd SAYAGH: *La France et les frontières Maroco-Algériennes, 1873-1902*, Paris, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1986, pp. 98-99. Una de las primeras grandes expediciones geográficas francesas a Marruecos, precisamente se programó por iniciativa del gobierno general de Argel, patrocinada por Jules Cambon, gobernador general de Argelia en 1897. La expedición recibió el nombre de «Fronteras argelino-marroquíes». Su objetivo explícito era definir el trazado de los límites entre ambos países pero, probablemente, escondía la intención de preparar la ocupación de Marruecos partiendo de Argelia, como lo demuestra que en esas mismas fechas las fuerzas francesas en Argelia comenzaron la aproximación, por la subdivisión de Ain Sefra, al suroeste del Oranesado, a las fronteras de Marruecos en la zona de Tafilalt.

⁴⁸⁶⁸ Wolfgang SCHIVELBUSCH: *The Culture of Defeat. On National Trauma, Morning and Recovery*, New York, Metropolitan Books, 2001.

⁴⁸⁶⁹ Christopher L. HILL: *Nacional History and the World of Nations. Capital, State and the Rethoric of History in Japan, France and the United States*, Durham, Duke University Press, 2008.

⁴⁸⁷⁰ Sebastian CONRAD: *Globalisation and The Nation in Imperial Germany*, Cambridge, University Press, 2010.

⁴⁸⁷¹ Para el caso español, véase Paul AUBERT: *L'écriture du desastre: discours sous la décadence et projets de régénération nationale en Espagne (1890-1914)*, en Paul AUBERT (ed.): *Crise espagnole et renouveau idéologique et culturel en Méditerranée*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2006, pp. 201-232.

La III República tenía su mirada puesta en el complejo de oasis del Tuat⁴⁸⁷², desde que el primer ministro británico, Lord Salisbury se había mostrado conforme a un acuerdo con Francia que dejara a los británicos las manos libres sobre Egipto. Los dos países habían firmado una convención el 5 de agosto de 1890, por la que Gran Bretaña atribuía el Sáhara a Francia, para controlar los caminos que llegaban allí desde el sur de Argelia, que así podría unirse a las posesiones del Níger. En el otoño de 1890, Francia proyectó una expedición y se ocupó el punto de El Golea⁴⁸⁷³. Con todo, la amenaza francesa acabó por quedar paralizada.

Por su parte, España entró en la década de los 90 con una posición relativamente prestigiada en la cuestión marroquí⁴⁸⁷⁴. Tres factores, al menos, informaban hasta la guerra de Melilla, las decisiones de los grupos rectores de la política española en sus actuaciones respecto a Marruecos: sus experiencias durante su carrera hacia el liderazgo, la estructura dentro de la cual habían de operar y los valores de su sociedad. De esa conjunción se derivaba en la época restauracionista un tipo de política *de dirección burocrático-pragmática*, moldeado en el marco de una sociedad con cismas sociales graves, fundamentales, y producto de un medio ambiente en el cual los problemas más visibles -suscitados por la propia dinámica de la «cuestión marroquí»- habían demostrado ser solubles, un tipo de actuación que había evidenciado poseer un enfoque *ad hoc* hacia la política, un enfoque pragmático y hasta cierto punto mecánico.

Dado que el pragmatismo se basaba en la convicción de que el propio contexto de los acontecimientos daba lugar a una solución, existía la tendencia a esperar tales acontecimientos. De hecho, hasta la guerra de Melilla de 1893, en los sucesivos gabinetes del turno predominó la creencia de que todo problema provocado en Marruecos se resolvería si se le enfocaba con la suficiente energía. A partir de la crisis de Melilla de 1893-1894, ciertamente el escenario mutó de alguna manera. Resulta útil recordar a este respecto los vanos esfuerzos del gobierno español por activar los lazos con la Triple Alianza en su favor durante esta crisis, y recibir como respuesta del gabinete de Berlín el consejo de que actuara con suma prudencia y de que la solución a los problemas de España pasaba por el acuerdo y el entendimiento con el Sultán marroquí. De hecho, ya desde tiempo antes, España había quedado como un socio menor de Alemania en el complejo de los sistemas bismarckianos y también de menor confianza o de más dudosa fidelidad.

Orientación de la diplomacia española tras la guerra de Melilla

La diplomacia española estaba perpleja: ¿había que confiar o no en los amigos de la Tríplice y en su amiga, Gran Bretaña? Fue Moret al frente del Ministerio de Estado en 1893, el que hubo de hacer frente al dilema. Los liberales hubieron de enfrentarse por lo tanto en soledad al problema creado con el conflicto de Melilla⁴⁸⁷⁵, que revelaría una vez más la falta de unidad de acción del

⁴⁸⁷² Manuel FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ: *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, Madrid, CSIC, 1985, p. 268.

⁴⁸⁷³ Sobre las intenciones expansionistas de la III República en Marruecos, véase Daniel NORDMAN: «L'armée d'Algerie et le Maroc: le dynamisme de la conquête (fin du XIXe siècle- début du XXe siècle)», en *Armeès, guerre et politique en Afrique du Nord (XIXe-XX siècles)*, Paris, 1977, pp. 33-51.

⁴⁸⁷⁴ Javier ANTA UGARTE: *Gonzalo de Reparaz: «Intelectual Errante»*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Tesis doctoral inédita, pág. 296.

⁴⁸⁷⁵ Agustín RODRÍGUEZ GONZÁLEZ: «El conflicto de Melilla en 1893», *Hispania*, n.º 171 (1989), pp. 235-266.

«pacto mediterráneo», firmado en 1887 con Italia, para defender el *status quo* del Mediterráneo⁴⁸⁷⁶. A partir de aquí, Moret, temiendo la apertura del problema marroquí en unas condiciones que podían resultar embarazosas para España, buscó sucesivamente nuevas y diversas orientaciones. Ensayó la aproximación a Inglaterra. Y ya comenzado el año 1894, con el Sultán Mawlay Hassan I fallecido, y temiendo una sublevación general en Marruecos, realizó una apelación con vistas a obtener un pacto sobre el Imperio jerifiano con Francia. La idea de Moret de fraguar una «entente» con Francia, buscaba el objetivo de penetrar «pacíficamente» en el Rif, ejerciendo en él una influencia progresivamente creciente, apoyándose para ello en los «notables indígenas». Se trataba de comprar la adhesión y los servicios de personajes autóctonos con amplias competencias reales o espirituales dentro de sus respectivas cabilas. Ello fue una constante en la dinámica de penetración colonial española en la zona norte de Marruecos. Se descartó, de hecho, el aceptar la protección o conceder la nacionalidad hispana a cabilas enteras y se actuó siempre por unos cauces de moderación y falta de resolución. Conscientes o no, sabedores del hecho o no, en mayor o menor grado, los franceses y los españoles iban a encontrar pocos individuos dispuestos a colaborar con ellos a excepción de los notables de las tribus⁴⁸⁷⁷. Por ello, desde Madrid, se optó por una penetración en el Rif muy limitada, concediendo la protección española sólo a un número muy concreto de notables, que serían los gérmenes de reducidos partidos proespañoles en sus cabilas. Moret buscó también la superación del tradicional antagonismo anglo-francés en el Sultanato, mediante un proyecto de protectorado tripartito francohispanoinglés sobre Marruecos; por último, ante la reactivación del problema de Gibraltar por las iniciativas defensivas británicas originadas por los cambios europeos, intentó un acercamiento a Francia, aceptando algunos objetivos de ésta en Marruecos⁴⁸⁷⁸. Es sustancial señalar que Moret abrirá, así la puerta a la idea de, tras distanciarse de Alemania, ajustar simultáneamente la política exterior española en el Sultanato a las de Francia e Inglaterra. Esta política se mantendrá -como una constante entre los gobiernos restauracionistas- hasta 1895 e incluso en los primeros meses de 1896. De hecho no cuajará por diversas circunstancias: 1) Por el rechazo británico a prestar apoyo a España cuando los gobiernos del turno pretendieron imponer al Sultán Mawlay Abd al-Aziz el establecimiento de un consulado hispano en Fez⁴⁸⁷⁹; 2) por las circunstancias de la política internacional: Robinson y Gallagher han señalado que a partir de 1895 los franceses no estaban tan dispuestos a renunciar a sus intereses en el valle del Nilo a base de obtener compensaciones británicas en el África Occidental. No existía una base segura para establecer un pacto entre Londres y París. Por ello la disputa sobre Egipto y el Nilo que se había mantenido hasta entonces en un nivel diplomático, ahora iba a convertirse en una pugna de conquista y ocupación. Los franceses, en consecuencia, prepararon una expedición militar que debía cruzar el continente africano, alcanzar el río Nilo al sur de Khartum y tomar posesión del territorio, adelantándose a los británicos. El camino que debía

⁴⁸⁷⁶ Julio SALOM: «Del recogimiento al aislamiento (1890-1896)», en Juan Pablo FUSI y Antonio NIÑO (eds.): *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid. Biblioteca Nueva, 1997, p. 209.

⁴⁸⁷⁷ Víctor KIERNAN: «Imperialismo y revolución», en Roy PORTER y Mikulá TEICH (eds.): *La Revolución en la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990, pág. 173.

⁴⁸⁷⁸ Jean-Marc DELAUNAY: *Méfiance cordiale. Les relations franco-espagnoles de la fin du XIXe siècle à la Première Guerre Mondiale. Vol. II: Les relations coloniales*, Paris, L'Harmattan, 2010.

⁴⁸⁷⁹. Documento dirigido por el Foreign Office a la Embajada de España en Londres. 15-IX-1894; *Telegrama* del Marqués de Novillas, Encargado de Negocios de la Embajada de España en París, al Ministro de Estado. 6-X-1894. (A)rchivo (G)eneral de la (A)dministración, Alcalá de Henares, *Asuntos Exteriores*, Embajada en París, caja 5816.

llevar a la tensión por el control de Fashoda comenzaba a andarse⁴⁸⁸⁰; 3) Porque a finales de siglo se patentizan por otra parte los deseos galos de penetrar en el Sultanato, pero no sólo en el Tuat - donde los intereses españoles eran nulos- sino en el extremo norte del Sultanato. Los actos piráticos de algunos Bocoyas, cabila del Rif central, contra buques europeos dieron lugar a la captura de una serie de marineros de diversas nacionalidades -lusos, franceses, griegos- los cuales quedaron presos de los miembros de la cabila. Estos actos motivaron una intervención mediadora de la diplomacia española. Pero esta fue sabotada por los agentes franceses, en particular por Si Allal, el activo argelino vice-cónsul de la III República en Tetuán y los chorfa (=plural de jerife, descendiente del Profeta Mahoma) de Wazzán, protegidos de Francia. Finalmente, la diplomacia española consiguió solucionar el problema, ante la perspectiva alarmante de que se produjese una intervención militar -francesa o conjunta europea- en el Rif, cosa que los gobiernos del turno deseaban evitar a todo trance, porque consideraban esta región como un coto cerrado de importancia estratégica para la seguridad nacional, donde no tenía ninguna potencia (salvo España) derecho de injerencia e intervención. El Rif era visto como una salida hipotética y futura a una posible expansión militar a partir de las plazas y presidios de Ceuta, Melilla y Alhucemas. Documentación depositada en Alcalá de Henares demuestra como los intentos de infiltración franceses llegaron en vísperas del desastre de 1898 a unos límites intolerables para España... y para el Majzén, cuando Si Allal pretendió en el Rif convertir a toda la cabila Bocoya y a otras próximas en una «quinta columna francesa», en el territorio, poniéndolas en su globalidad bajo la protección republicana⁴⁸⁸¹. Con ese propósito, de manera absolutamente abierta y a la luz del día, un buque de guerra galo transportó hasta el Rif y desembarcó en el territorio Bocoya a zuavos franceses de origen rifeño, que hicieron pública ostentación de su uniforme, de las ventajas de estar bajo el patrocinio republicano e intentaron convencer a sus compatriotas de la necesidad de aceptar un protectorado francés⁴⁸⁸², ¿Cómo podía subsistir, en estas condiciones, la triple conjunción francohispanoinglesa en Marruecos?

Se renuevan las aspiraciones francesas sobre el Tuat

De hecho, en la primavera de 1896, se iba a suscitar otra vez la cuestión del Sahara oriental marroquí, puesto que se atisbaron desde la Legación española en Tánger una serie de indicios de que una resolución inmediata del tema se iba a producir. El Gobierno restauracionista tenía instalado en Marrakesh, junto a la Corte del Sultán, a un agente confidencial, el doctor Cortés que seguía al ejército imperial, acampado en la orilla del río Tansift, en campaña contra algunos cabileños de las cercanías. De esta manera, se supo en Madrid que en plena campaña llegaba al campamento del Sultán otro agente confidencial, el médico francés F. Linares⁴⁸⁸³, portador de una serie de pliegos de la Legación de la República en Tánger, reivindicando para el gobierno galo el

⁴⁸⁸⁰ Ronald E. ROBINSON y John GALLAGHER: «El reparto de África», en VV. AA., *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge. Tomo XI: El progreso material y los problemas mundiales. 1870-1898*, Barcelona, Sopena, 1980, p. 441.

⁴⁸⁸¹ Despacho n.º 6 Teodoro de Cuevas, cónsul de España en Tetuán a Emilio de Ojeda. 18-I-1898. AGA, *África*, Marruecos, caja 236, exp. 2.

⁴⁸⁸² Despacho n.º 21. Teodoro de Cuevas a Emilio de Ojeda. 1-III-1898. A.G.A., *África*, Marruecos, caja 236, exp. 2.

⁴⁸⁸³ Jean Léon François Ferdinand Linares fue el médico francés adscrito a la Legación gala en Tánger y agente oficioso del Gobierno de la República en la Corte del Sultán desde 1888 a 1901.

enorme territorio del Tuat. La reacción del Majzén (= Gobierno marroquí) que no cedió a las peticiones francesas fue remitir un enviado a Tánger con el fin de conferenciar con todo el cuerpo diplomático allí acreditado, y en particular con los representantes de España, Alemania, Reino Unido e Italia. El Gobierno jerifiano no descartaba enviar a continuación a París una Embajada presidida por un miembro del Majzén, Mohammed ibn Soliman. ¿Por qué se precipitaban las intenciones francesas conducentes a la anexión por el gobierno galo del Tuat que habían permanecido calmadas, adormecidas desde prácticamente el final del conflicto de Melilla? La Legación española en Tánger entendía que en todo caso la apertura de la cuestión había tenido paradójicamente su origen en un movimiento marroquí, al reafirmarse la soberanía del Majzen en la región mediante una serie de medidas políticas y administrativas⁴⁸⁸⁴.

La resistencia marroquí a la penetración constante de la influencia gala por parte del nuevo Sultán, Abd-al-Aziz no hizo sino prolongar la tendencia ya iniciada por su padre, Mawlay Hassan de reforzamiento de la soberanía imperial sobre los límites sur-orientales del Sultanato. De hecho, en el Tuat los efectos del viaje histórico de Mawlay Hassan a Tafilalt antes de su muerte persistían y se mantenían todavía muy vivos: la seguridad, el orden y la tranquilidad reinaban en toda la región, la convivencia entre los sedentarios habitantes de los alcázares y los nómadas era un hecho a pesar de la persistente y creciente amenaza de intervención de las tropas galas. El difunto sultán había puesto en guardia a los tuatíes contra las amenazas procedentes del norte, y tras advertirles sobre las dificultades y los peligros de los tiempos que iban a venir, les había animado a una persistente vigilancia que no podía tener ni un momento de reposo. Su muerte fue acogida con serenidad, y el caíd Ba-Hassoun había sido el encargado de transmitir a Fez los acuerdos de bai'a de la región. Sin embargo, los desórdenes en el límite del desierto comenzaron bien pronto. La reacción del Majzen fue inmediata, y requirió un gran despliegue militar. El Sultán, a través de su delegado en Tánger, informó a las Legaciones extranjeras de la importancia de estas medidas punitivas, que tenían como misión restablecer la tranquilidad en los confines del Imperio, «*extirpando por completo las raíces del mal*»⁴⁸⁸⁵, que amenazaban la seguridad y el orden de aquel territorio.

Los problemas con las autoridades francesas no iban sino a comenzar, en una sucesión de acontecimientos que alcanzarían su fin tres años después con la invasión militar gala. Las operaciones de las tropas jerifianas y la captura por los soldados imperiales de varios notables tuatíes que habían reconocido la soberanía de la III República, suponían el final de una etapa en la que se había mantenido un constante pero pacífico tira y afloja entre las dos partes que disputaban la región -Francia y Marruecos-; una dialéctica o tensión en la que las armas habían callado, y la primacía había sido siempre de los recursos diplomáticos. El gobierno de París reaccionó ante aquellos actos, ejercicio de la soberanía efectiva del Sultán en el territorio, de manera prepotente y estruendosa, llena de orgullo malherido, presentando ante el Majzén una serie de altaneras reivindicaciones a las que el Sultán no cedió, buscando como un medio de defensa el apoyo diplomático europeo. Francia iba a dar por terminada la etapa del tira y afloja y en este sentido, su Ministro Plenipotenciario en Tánger comunicaba al representante diplomático español, Emilio de Ojeda su disposición a utilizar la fuerza. La intención del gobierno republicano no era «aparentemente» la de romper de manera definitiva o alterar considerablemente el respeto al «statu quo», a la independencia de Marruecos, mantenida a trancas y barrancas durante los dos decenios anteriores. No se trataba de poner a todo Marruecos bajo el control galo, ni de una operación militar

⁴⁸⁸⁴ Saïd SAYAGH: *La France et les frontières Maroco-Algèriennes...*, 1986, pp. 68-69.

⁴⁸⁸⁵ Saïd SAGAH: *La France et les frontières...*, p. 78.

a gran escala, o a realizar en diferentes frentes, pero con su intervención en el Sáhara oriental, el Majzén había convencido al gobierno de París de la necesidad de recurrir a la violencia para llegar a la solución definitiva de la dilatada cuestión del Tuat. Francia no estaba dispuesta a admitir ni a discutir más dilaciones ni a negociar la realidad -para ella irrenunciable- de su derecho a ejercer el control sobre el amplio territorio de los oasis saharianos. La política de apoyarse en los Oulad Sidi Cheikh y la cofradía Wazzaniyya, así como la búsqueda de aliados entre los Tuatíes y los Targui estaba a punto de llegar a su fin: para Francia, el Sáhara no era más que el «hinterland» de todas sus posesiones mediterráneas, un lugar llamado a convertirse progresivamente en una zona de influencia exclusiva de Argelia. Paralelamente, la prensa francesa se hacía eco de la visita a París de Sid-Eddin, uno de los tres principales jefes de los Ouled-Sidi-Cheikh, como representante de una de las tribus musulmanas más importantes que habitaban el territorio existente entre Ain-Sefra y el Tuat⁴⁸⁸⁶.

Posteriormente, *Le Petit Journal*, con fecha 14 de agosto, anunciaba que en su reunión del día anterior el Consejo de Ministros había estado estudiando una proposición del Ministerio de la Guerra, tendente a la ocupación de In-Salah y del resto de oasis del Tuat y de Gourara. No se iba a tratar de una mera expedición militar «de represalias» o conducente al restablecimiento de la paz en el «sur argelino»⁴⁸⁸⁷. La operación iba a consistir en una serie de movimientos que tendrían como finalidad la instalación en la región de una serie de jefes y notables indígenas encargados de poner fin a la «anarquía» en el territorio, y representar a la soberanía francesa, es decir organizar la dominación y ocupación efectiva por parte de Francia de las regiones saharianas del Tuat, Tidikelt y Gourara. El rotativo mencionaba la preparación de algunas compañías de infantería, así como de diversos escuadrones de caballería, que habían sido enviados a reforzar las guarniciones del sur de la colonia argelina; también se hacía eco del interés del gobierno en solicitar a las Cámaras, a la vuelta de las vacaciones parlamentarias, la votación de un crédito especial que cubriese los gastos extraordinarios requeridos en las tareas de penetración en el desierto. De hecho, la operación militar no se pondría en marcha hasta iniciado el otoño. La visita del jefe de los Ouled Sidi-Cheikh al Quai d'Orsay había sido la primera piedra en la preparación de la obra sahariana: Si-Eddin había presentado formalmente ante el Gobierno francés, la solicitud de protectorado del territorio. El éxito de esta iniciativa era achacado por el rotativo a las habilidosas gestiones del Gobernador general de Argelia, Cambon, terminando el artículo con una escueta valoración de lo que aportaba el territorio de los oasis a Francia, cifrado en una población que oscilaba entre 600.000 y 1.000.000 de personas, y en la ampliación del hinterland argelino, abierto ahora a la posesión y control de la ruta comercial transahariana que unía el Magreb con Tombuctú, a la vez que quedaba ya expedito el camino para la construcción de un ferrocarril transahariano⁴⁸⁸⁸.

Reacciones del Majzén y posicionamiento de la diplomacia española

La respuesta española a las noticias sobre las pretensiones francesas en el Sáhara marroquí la podemos enmarcar, a la vez, en el recelo y en un distanciamiento paulatino del gobierno

⁴⁸⁸⁶ «Le Touat», en *Le Petit Journal*, 14-VIII-1896.

⁴⁸⁸⁷ La prensa francesa tergiversa y distorsiona la realidad histórica. Nunca habla del Tuat como perteneciente al Imperio marroquí, sino que se utiliza constantemente para referirse a él la expresión genérica «el Sur argelino». Louis-Adrien BERBRUGGER: «Les frontières de l'Algérie», *Revue africaine*, IV (1860), pp. 401-417.

⁴⁸⁸⁸ Augustin BERNARD: *La Question du Transsaharien*, Argel, 1899.

restauracionista en lo que se refiere a los asuntos marroquíes con respecto a Francia en 1896, actitud acentuada posteriormente por los sucesos del Rif, territorio donde los agentes de la III República habían puesto en marcha una intensa labor de infiltración política. En Marruecos la política española había dejado de tener las características de la practicada por Francia, agresiva, expansiva, y era meramente reactiva, defensiva. Por otro lado, en su actuación internacional la diplomacia restauracionista estaba cosechando en esas mismas fechas, una frustración tras otra. Es en ese marco donde debemos entender el fracaso de todas las iniciativas españolas para hacer intervenir a las grandes potencias europeas en el conflicto hispanonorteamericano a propósito de Cuba. El fracaso, en primer lugar, a comienzos de 1896, de la iniciativa del gobierno Cánovas para ligar una segunda renovación de los Acuerdos Mediterráneos que unían sutilmente a España con la Triple Alianza, con la obtención de una garantía internacional para la soberanía española en la Gran Antilla a cambio de facilidades navales en los puertos españoles de la región del estrecho de Gibraltar. El fracaso, en segundo lugar, a mediados de 1896, de ese mismo gobierno conservador en su intento de dirigir un *memorando* a las seis grandes potencias europeas, pidiendo una *acción colectiva* que instase al gobierno norteamericano a que asumiera el compromiso rotundo, formal y público de no permitir a sus ciudadanos ayudar a los insurrectos cubanos⁴⁸⁸⁹. Esa inseguridad condicionaba los movimientos de España en el Sultanato.

En ese contexto, el representante español en Tánger, Emilio de Ojeda, no perdió el tiempo y, antes de que finalizara el verano, consultaba con el Ministro plenipotenciario británico en la ciudad marroquí, Sir Arthur Nicolson; Nicolson y Ojeda convinieron en el diagnóstico sobre la gravedad del momento: los proyectos del Gobierno francés sobre el Tuat no eran, como lo habían sido hasta entonces, una mera entelequia, una hipotética amenaza como la que se había cernido sobre Marruecos a comienzos de la década de los noventa. No. Estos proyectos formaban parte de un conjunto de operaciones, que había incluso trascendido a conocimiento público, diseñado y aprobado por el Consejo de Ministros francés, y en cuya ejecución se prescindía, definitivamente y por completo, de la exclusiva soberanía que hasta el momento había ejercido sobre el Tuat el Sultán de Marruecos. La gravedad y relevancia de lo proyectado había podido comprobarse en la rauda respuesta del Majzén: el antiguo Embajador marroquí en la corte de Madrid Sid Abd el-Krim Brischa había sido llamado con celeridad a consultas por el Gran Visir Bu Ahmed, aunque el carácter de las deliberaciones que se estaban celebrando en Marrakesch permanecía en el más profundo de los secretos; al mismo tiempo Gianatelli Gentile, el primer Secretario y Dragoman de la Legación de Italia permanecía en la Corte conversando con las autoridades majzenianas, y dando pie a un sinfín de especulaciones sobre la posible reacción italiana al movimiento francés.

Las conversaciones hispano-inglesas en Tánger a finales del verano de 1896 acabarían por romper completamente la actitud española propia del bienio anterior (1894-5) de aproximarse conjuntamente a las dos grandes potencias, Gran Bretaña y Francia, cuya concertación en la cuestión marroquí parecía ya inalcanzable. En definitiva, eran las pretensiones galas sobre el Tuat las que estaban haciendo imposible, en aquel momento, una conjunción a tres bandas hispano-británico-francesa en la que se pudiese insertar cómodamente el gobierno español, asegurándose un futuro colonial en el previsible desmembramiento del Imperio jerifiano. La apertura de la cuestión marroquí estaba a punto de iniciarse, fruto del movimiento de pieza francés, y ese movimiento iba a suponer el traslado de la solución al problema del futuro de Marruecos a la órbita internacional. En estos inicios de la partida, el gobierno español optó por desmarcarse de cualquier

⁴⁸⁸⁹ Rosario de la TORRE DEL RÍO: «Entre amenazas e incentivos. España en la política internacional, 1895-1914», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 24 (2006), p. 237.

compromiso aislado con el gobierno de la República, y se inició una aproximación o viraje diplomático hacia el Reino Unido que fue gestado incluso antes de producirse la petición oficial por parte del gobierno marroquí a los gobiernos de Londres y de Madrid de intermediación y gestión en la cuestión tuatí. En aquellos momentos, Emilio de Ojeda gozaba en Tánger de una cierta «libertad» de movimientos en sus tareas de representación y gestión diplomática, y en tales circunstancias, Ojeda siempre buscaba, de manera prácticamente automática, llegar a un acuerdo con Gran Bretaña; España, por sí sola, no estaba en 1896 en condiciones todavía de determinar el rumbo político de Marruecos, pero su fuerza añadida a la de Gran Bretaña, se centuplicaba y ello permitía al gobierno español ganar tiempo, dilatar la disolución del Imperio marroquí, y ese tiempo le suponía a Madrid el poder prepararse mejor, a fin de que ese desenlace no le sorprendiera en una situación de inferioridad⁴⁸⁹⁰. Ojeda y Nicolson veían como inevitable una apelación marroquí, acompañada por el envío de una misión diplomática, a algunos gabinetes europeos susceptibles de prestar su apoyo al Majzen⁴⁸⁹¹. Por otro lado, el Ministerio de Estado restauracionista no solamente se limitaba a dejar obrar con bastante libertad a Ojeda, sino que durante el mes de octubre, remitió constantemente la información procedente de Tánger a la Embajada de Londres, con el fin de sentar las bases de una posible consulta al gabinete británico. Para entonces, los acontecimientos se estaban sucediendo con suma celeridad: la Legación española en Tánger había ofrecido una recepción de gala, a la cual habían estado invitados varios miembros del Majzen, entre los cuales figuraba Abd-al-Krim Brischa, de vuelta de la Corte imperial y a punto de realizar una serie de gestiones en la capital diplomática marroquí; a raíz de este encuentro protocolario, tres días después, se iniciaban una serie de actuaciones emprendidas por Brischa que trataban de sondear la opinión española ante la previsible invasión del Sáhara oriental por las tropas francesas.

Estos primeros movimientos vinieron marcados por la timidez y la prevención de los consultantes marroquíes; en ellos no acababa de disiparse el recelo ante la política de concertación con Francia que, en lo tocante a Marruecos, había caracterizado el pasado inmediatamente anterior de la acción diplomática española. Brischa, individuo hábil y sagaz, no se mostraba dispuesto a comprometerse en una petición oficial, en toda regla, de apoyo hasta no estar bien seguro de una respuesta española, británica o italiana acorde a los intereses jerifianos; por eso, no acudió directamente a consultar a Ojeda, sino que utilizó para sus contactos una vía indirecta, en forma de un antiguo empleado de la Legación. Ojeda actuó, en consecuencia, procurando ganar la confianza del diplomático marroquí: las instrucciones que había recibido del Gobierno español eran esencialmente las de aconsejar al «*Majzén la más estricta prudencia y la sumisión del asunto a las naciones europeas*»⁴⁸⁹²; el Sultán debía de abandonar toda pretensión de utilizar a sus fuerzas armadas para oponerse a Francia y en todo caso, se le aconsejaba buscar un respaldo entre aquellas potencias europeas amigas que pudiesen cerrar filas en torno suyo en esta ocasión, pero a la vez el Sultán debía de ser advertido de

⁴⁸⁹⁰ Sobre el contexto, véase Youssef AKMIR: «Marruecos previo a 1912: la injerencia europea entre la exploración etnológica y la intervención colonial», en Manuel ARAGÓN (dir.): *El Protectorado español en Marruecos. La Historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, 2013, pp. 109-125.

⁴⁸⁹¹ Despacho n.º 164 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 30-VIII-1896. AGA, *África*, Marruecos, caja 73/exp. 2. Tetuán. 30-VIII-1896.

⁴⁸⁹² *Ibid.* Despacho n.º 181 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 7-IX-1896.

los peligros que (en el sentir de España) encerraba (...) una confianza exagerada en el apoyo de Europa contra las pretensiones francesas⁴⁸⁹³.

De hecho, esta desconfianza no radicaba en la percepción española de la disgregación del sistema de conciertos y de equilibrios de poder entre potencias en Europa, y la apertura a una nueva fase en la historia de las relaciones internacionales, marcada por la configuración de un «sistema mundial» o «policéntrico», sino en el temor que en Gran Bretaña y España suscitaba el hecho de que, encontrándose el Sultanato con un firme respaldo por parte de diversas potencias, la seguridad de su posición le llevara a enfrentarse decididamente a la República francesa, y que el choque inevitable de intereses suscitara la apertura inmediata de toda la cuestión marroquí, no circunscrita a la región del Tuat como hasta el momento presente. En Tánger, los delegados del Sultán se estaban oponiendo con inquebrantable firmeza a las pretensiones francesas y el enconamiento de la postura marroquí podía precipitar a Francia a desencadenar una invasión de todo el Sultanato.

Los representantes diplomáticos español y británico actuaban en plena conjunción y conformidad de intereses, con lo cual quedaba superada la anterior línea diplomática seguida por el gobierno de Madrid desde el fin del conflicto de Melilla (intentando ajustarse a un acuerdo simultáneo con Londres y París) y, por otra parte, parecía evidente un hecho que se iba a prolongar constantemente por lo menos hasta la primavera de 1901: la falta de una continuidad en la acción exterior española en la cuestión marroquí, entre 1894 y 1901. Ello fue fruto no sólo de la ausencia -en ese período- de una voluntad política con metas claramente fijadas, sino de dos importantes carencias. En primer lugar, de medios materiales, de personal y navales, de elementos de presión en Marruecos de los que va a adolecer España hasta la llegada de F. Silvela al poder. Y en segundo lugar, y con una mayor trascendencia, carencia de una política agresiva en el norte de África derivada del hecho de que el país -teniendo pendientes los problemas de las sendas rebeliones coloniales que se iniciaban en Cuba y Filipinas- no podía obrar en el Sultanato iniciando una decidida política expansiva, orientada claramente hacia la adquisición de territorios (no se instaurará esta estrategia hasta 1900 también con F. Silvela) y tampoco podía seguir otra estrategia que la defensiva: actuar a remolque siempre de Francia, procurando desbaratar -en la medida de lo posible- las iniciativas galas en el Imperio jerifiano. De hecho hasta 1899 y el final del conflicto con Estados Unidos, los gobiernos del turno tuvieron que afrontar siempre la misma realidad contradictoria en el Caribe y en la cuestión marroquí: la necesidad de la aproximación a Francia en las cuestiones de política exterior referidas al mantenimiento de la soberanía española sobre Cuba y la realidad frustrante de tener que combatir día a día la infiltración creciente de la Tercera República en Marruecos, donde los agentes galos aspiraban a consolidar la hegemonía de Francia, sin atender a las aspiraciones hispanas.

Con todo, esta interpretación negativa debemos puntualizarla, pues entendemos que se había llegado en vísperas de la guerra con Estados Unidos a una suerte de equilibrio: la presión ejercida por los sucesivos gobiernos españoles desde la segunda mitad de los años ochenta en los asuntos del Sultanato había conseguido forjar una imagen de respeto hacia España no sólo por parte de los marroquíes sino, lo que era más importante, por parte de las restantes potencias comprometidas en el futuro del Imperio. España contaba en la cuestión marroquí, era de hecho uno de los actores principales de la obra llamada a representarse y al que no se podía despedir de su resolución. No iba, claro está, a llevar la voz cantante en dicha representación, pero su papel no podía ser relegado

⁴⁸⁹³ *Ibid.*

ni suprimido; gozaba en vísperas de la disolución del Imperio de una posición firme y prestigiosa que sólo se disolvería en parte, y repentinamente, a raíz del desastre de 1898.

Establecido desde semanas antes el puntual acuerdo con Gran Bretaña, Ojeda relataba al Ministro de Estado cómo había respondido ante el sondeo del Majzén:

Decliné por tanto entrar en el fondo de la cuestión y me limité a seguir los pasos de V. E., aconsejando al Maghzen la más estricta (sic) prudencia, la sumisión del asunto á las naciones europeas y los peligros que en mi sentir encerraba para el Sultán una confianza exagerada en el apoyo de Europa contra las pretensiones francesas, confianza que alentaría al Maghzen a proseguir el curso de baladronadas y de violencias, que tan vivamente habíamos reprobado el Representante de Inglaterra y yo en los consejos que ambos dimos al Gobierno del Sultán con motivo de su reciente acción en el Touat, consejos y opiniones que merecieron a la sazón la alta aprobación de los Gobiernos de S. M. y de S. M. Británica⁴⁸⁹⁴.

Ojeda aconsejaba asimismo a Brischa, siguiendo las instrucciones gubernamentales, que diversificara su petición de ayuda a las potencias europeas, rogándole que no acudiera sólo al tándem Gran Bretaña/España, sino que visitara las Legaciones de las demás naciones europeas con representación diplomática en Tánger o que, por lo menos, dentro de las europeas, a aquellas más interesadas en la supervivencia del Imperio. Ahora bien, según el diplomático español, no se trataba ni de mendigar ayudas, ni de una carrera desesperada por conquistar las simpatías de los representantes de las potencias europeas, intentando arrancar de sus gobiernos declaraciones oficiales más o menos vagas. A juicio de Ojeda, la acción marroquí se debía limitar a transmitir a los respectivos gobiernos una serie de misivas personales, o bien de Abd al-Aziz o bien del Gran Visir Bu Ahmed, exponiendo detalladamente la situación, y requiriendo de sus buenos oficios ante la actuación francesa, si así lo estimaban oportuno. Con todo, era esta una medida que España aconsejaba emprender sólo en último extremo, es decir cuando se hubieran agotado previamente todos los medios conciliatorios con Francia:

(le rogué) «que no apelase el Maghzen a estos medios, sino después de haberse cerciorado por una declaración explícita de Francia, que se habían agotado todos los recursos de conciliación directa entre ambas naciones»⁴⁸⁹⁵.

Respuesta marroquí a las pretensiones francesas. La nota del 6 de octubre de 1896

El diplomático marroquí no hizo caso alguno de las insinuaciones españolas; poco después, el Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña informaba a Ojeda que ni Brischa, ni Mohammed Torres, el representante imperial ante el cuerpo diplomático en Tánger le habían dicho absolutamente nada sobre el asunto del Tuat. Es más, los delegados del Majzén no habían visitado a ninguno de los diplomáticos extranjeros acreditados en la ciudad. De hecho, poco después, quedaba suspendido el viaje anunciado tiempo antes de M. Torres a Tetuán, mientras llegaba a conocimiento español, la noticia de un enfrentamiento de gravedad en el territorio tuatí entre las

⁴⁸⁹⁴ Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. Despacho n.º 1817-IX-1896. AGA, *África*, Marruecos, caja 73/exp. 2.

⁴⁸⁹⁵ *Ibid.*

autoridades argelinas y los delegados sultanianos en la región, a raíz del intento por parte de las primeras de abrir unos pozos -en territorio del Imperio- junto a la ciudad de Timmimum, intento frustrado por la oposición de la autoridad imperial en el distrito. Frente a las reclamaciones de la Legación francesa contra dicha oposición, el Majzén había respaldado la actuación de su funcionario. Además, el día anterior, 6 de octubre, y sin conocimiento previo del Gobierno español, el delegado Mohammed Torres, en lugar de desplazarse a Tetuán -como queda dicho- había remitido en Tánger una Nota del Sultán Abd al-Aziz al Encargado de Negocios de la Legación francesa. En el documento y en términos muy secos, casi cortantes, el Emperador ratificaba la oposición del gobernador del distrito tuatí, invadido por los franceses, a las pretensiones republicanas sobre un territorio que expresamente en la nota era aludido como una parte más del Sultanato. Añadía a continuación que en el caso de persistir el gobierno de París en sus intenciones de anexión sobre el Sáhara oriental, el Sultán había decidido someter el asunto a un arbitraje internacional⁴⁸⁹⁶ (el Gobierno Imperial -se decía textualmente- estaba decidido «a someter el asunto al arbitraje de las naciones europeas y más particularmente a España»), y finalizaba en tono poco menos que amenazador, declinando toda responsabilidad futura en el caso de que el Gobierno de la República no aceptase la solución que el Majzén proponía⁴⁸⁹⁷. El Sultán declaraba hallarse dispuesto a arrostrar cualquier eventualidad antes que ceder una pulgada más del territorio del Sultanato. Pero eso no era todo: Marruecos apostaba en su confrontación con Francia por conseguir el apoyo español, aún sin haber llegado a un pleno acuerdo con el Ministro Plenipotenciario Ojeda, ni tan siquiera haberlo discutido previamente. En el documento se especificaba que, en el propuesto arbitraje sobre el territorio tuatí, se iba a dar un papel preponderante, una mayor relevancia e importancia, a la voz de España sobre la de los demás países europeos. El Majzén se apoyaba, decididamente, en el prestigio logrado en el Sultanato en el decenio anterior por España, en su papel de potencia de peso en la cuestión marroquí, tal como años después haría con Estados Unidos o con el II Reich, para preservar su soberanía e independencia y su integridad territorial⁴⁸⁹⁸.

Marruecos jugaba fuerte, y esta jugada iba a conducirle al éxito. La respuesta francesa se retrasó varias semanas. Ojeda llegaría a conocerla por medios estrictamente confidenciales, no oficiales. Se trataba de una respuesta fría, templadísima en la forma y completamente evasiva en el fondo de la cuestión. En dicho documento, Francia no alegaba razón alguna para apoyar sus pretensiones sobre el Tuat; también es cierto que no rechazaba las que el Sultán había expuesto en su Nota del 6 de octubre, limitándose a expresar el deseo de que reinase entre las cabilas fronterizas a su colonia argelina la mayor concordia, y consignando su opinión de que el Sultán podría contribuir especialmente a este apetecido resultado, ordenando que se retiraran de aquel territorio algunas de sus autoridades. En cuanto al arbitraje de las naciones europeas sobre el Tuat propuesto por el Sultán, el gobierno francés prefería ignorarlo por completo, no haciendo en su contestación ni la más remota alusión al asunto. Tal como ha señalado Fréderik Parsons, las autoridades republicanas pensaban que éste no era el momento oportuno para iniciar una acción militar. El propio gobernador general de Argelia, Jules Cambon, estimaba que la cuestión del Tuat era irresoluble mientras que el contencioso con Gran Bretaña en torno a Egipto no quedase cerrado definitivamente: se creía, al respecto, que la ocupación de los oasis ocasionaría a Francia un

⁴⁸⁹⁶ G. Malmusi-Visconti-Venosta, 12-X-1896, pág. 33. (A)rchivo (S)torico (D)iplomatico, (D)ocumenti (D)iplomatici a (S)tampa, Roma, XL/11, 2820/747.

⁴⁸⁹⁷ Informe de la Sección de África del Ministerio de Estado redactado por el Marqués de González. Madrid, 23-IX-1897. AGA, *África*, Marruecos, caja 73/ exp. 2.

⁴⁸⁹⁸ *Ibid.* Despacho n.º 181 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 7-X-1896.

sin número de dificultades diplomáticas y provocaría la apertura de la cuestión marroquí. Esta actitud es típica de la errónea capacidad de juicio gala, que si por un lado, había llegado al convencimiento de que un movimiento sobre el Tuat provocaría consecuencias tan serias, por otro, estimaba que la expedición de Marchand sobre el Sudán forzaría a Inglaterra a llevar la cuestión egipcia a una conferencia internacional, donde la República contaría con el apoyo del II Reich⁴⁸⁹⁹.

Conclusiones

El incidente había terminado. Incluso ante la perplejidad de los propios delegados imperiales, Brischa y Mohammed Torres que no se lo acababan de creer, todo había concluido. Al menos, de momento. Hasta 1899, las tropas francesas no invadirían el Imperio; de hecho, la proyectada expedición militar al Tuat había quedado aplazada, y una consecuencia de estos acontecimientos era la aproximación anglo-hispana. Ojeda y Nicolson seguirían en contacto durante todo el otoño y fruto de sus conversaciones, llegarían al acuerdo de aconsejar al Sultán el insistir en la proposición de arbitraje internacional, haciendo de esta manera recaer sobre Francia todas las responsabilidades de su negativa a aceptarlo, robusteciendo así la validez de los derechos soberanistas de Abd al-Aziz sobre este territorio⁴⁹⁰⁰.

El recurso a la apelación y arbitraje español por parte del Gobierno del Sultán en el litigio sobre el Tuat nos permiten señalar que, en vísperas de 1898, la situación de España en Marruecos es la de una posición relativamente firme y consolidada con la que contaba el Sultán para, al intentar instrumentalizarla, hacer frente a las aspiraciones hegemónicas francesas en su territorio. Es más, el período inmediatamente anterior al conflicto de Melilla estuvo marcado por la diplomacia restauracionista en los asuntos atinentes al Imperio jerifiano por una serie de aciertos, conseguidos combinando las amenazas de emplear la fuerza armada en la cuestión marroquí por parte del ministro Moret con la práctica activa de la «gun-boat diplomacy» para crear una imagen de prestigio de la nación en el Imperio, y a ello se había unido una serie de intervenciones puntuales en favor del mantenimiento de la independencia del Sultanato. De hecho, los éxitos diplomáticos españoles se sucedieron prácticamente sin solución de continuidad hasta el final de siglo, destacando entre ellos la intermediación de España en 1897 en el asunto del cautiverio de los marineros europeos presos por la cabila de Bocoya o la creciente influencia española en el Rif durante los primeros meses de 1898, como lo revela la solicitud por parte de varios notables tanto de la cabila de Aït-Urriaguel como de la de Bocoya de la protección y la nacionalidad hispana.

Dado que se juzgaba que todavía no se habían alcanzado las condiciones requeridas a escala internacional y de reconstitución económica y de potencial del país para emprender una acción definitiva en Marruecos que condujese a asegurar el control permanente del territorio por España, la acción diplomática de los gobiernos de la monarquía desde los años ochenta se había centrado -por razones de orden estratégico vinculadas a la seguridad nacional- ante todo en que ninguna otra potencia se asentara en el otro lado del Estrecho.

⁴⁸⁹⁹ Fredérik V. PARSONS: *The origins of the Morocco question, 1880-1900*, Duckworth, Londres, 1976, p. 591.

⁴⁹⁰⁰ Despacho n.º 212. Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 21-XI-1896. AGA, *África*, Marruecos, caja 73/exp. 2.

La diplomacia española, oscilando entre las amenazas intervencionistas de finales de la década de los ochenta y la intermediación en los asuntos del Rif a finales de la de los noventa, había no sólo cimentado el prestigio de España en el Sultanato, sino que incluso había conseguido una serie de éxitos desde una posición de autonomía y no subordinación con respecto a ninguna otra potencia. Este último aspecto habría que matizarlo indicando que también es cierto que la no subordinación con respecto a otros países vendría derivada tanto de la falta de integración en un bloque de alianzas como pudiera ser la Tríplice como de la incapacidad de llegar a acuerdos o compromisos estables con Inglaterra y Francia en los asuntos de Marruecos. Thérèse Benjelloun resalta al respecto que los sultanes -tanto Mawlay Hassan como Abd al-Aziz, atentos al juego de fuerzas internacional- utilizaban la diplomacia, apelando al apoyo de una potencia u otra, como un medio para mantener una política de indefinición con respecto a la presión de las potencias europeas. La finalidad era conservar su independencia durante el máximo tiempo posible⁴⁹⁰¹. La apelación del Sultán a España en los litigios con la Tercera República sobre el territorio del Tuat a finales del siglo XIX habría que situarla en este juego diplomático, entendiéndola como una de las vías de actuación que tenía el Sultán, comparable a las apelaciones que haría paralela o posteriormente a Gran Bretaña, Alemania o Estados Unidos. Con todo, y aun aceptado como algo distante a lo ideal, la pervivencia del 'statu-quo' marroquí, que garantizaba la tranquilidad de España basada en una estabilidad conservadora en el área del Estrecho (postulado del «quieta, non movere»), alejaba de momento cualquier posibilidad de trastornos amenazantes en la zona⁴⁹⁰² y se contemplaba por todos los gobiernos restauracionistas, tanto los canovistas como los sagastinos como el punto de referencia obligado de la política española en Marruecos.

Por último, la diplomacia española, tras el fin del conflicto de Melilla, intentó ajustar sus actuaciones en Marruecos a las de los gobiernos británico y francés. Con todo, en un momento en el que se estaba prefigurando la apertura de «la cuestión de Marruecos», el incidente del Tuat revelaba que, a partir de ahora, los gobiernos restauracionistas se habían de enfrentar a una complicada y contradictoria gama de problemas en el norte de África. España había de ajustar su política exterior sobre la base de una pura contradicción: la necesidad de conservar Cuba impulsaba a un acercamiento a Francia, mientras que la cotidiana presión imperialista gala en el Tuat y en el Rif forzaba a intentar una concertación con el Reino Unido, cuya actitud era de simpatía favorable a los Estados Unidos, el inminente adversario militar español.

⁴⁹⁰¹ Thérèse BENJELLOUN: *Visages de la diplomatie marocaine depuis 1844*, Casablanca, Eddif, 1991.

⁴⁹⁰² Siguiendo las valoraciones de J. L. Neila, habría que apuntar que las preocupaciones de la monarquía restauracionista buscando la estabilidad en la región se centraban no sólo en el Estrecho de Gibraltar en un sentido limitado sino también en el norte de África y en el Mediterráneo Occidental, todo ello dentro de un eje geoestratégico: islas Canarias-Estrecho de Gibraltar-islas Baleares, el área -vista por la diplomacia española- de mayor y más permanente conflictividad nacional e internacional en cuanto a escenario de rivalidad de intereses y frecuencia de crisis y enfrentamientos bélicos. Véase José Luis NEILA HERNÁNDEZ: «El perfil mediterráneo de la política exterior y de seguridad española en el siglo XX», en Encarna NICOLÁS y Carmen GONZÁLEZ (eds.): *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy* (Edición en CD-ROM), Murcia, Universidad de Murcia, 2008, p. 1. El Mediterráneo Occidental, como bien acierta a afirmar Susana Sueiro se iba a convertir durante gran parte del siglo XX en el eje prioritario de la proyección internacional española, hasta el punto de que «la política mediterránea constituyó, de hecho, toda su política exterior». Véase Susana SUEIRO SEOANE: «La política mediterránea», en Florentino PORTERO (ed.): *La política exterior de España en el siglo XX*, Ayer, n.º 49 (2001), p. 185. En palabras de esta autora «no existe una política global mediterránea», sería más apropiado referirnos a una «política marroquí», dado que sería «la cuestión de Marruecos la que domina de forma absolutamente abrumadora las relaciones de España con las potencias europeas de su entorno».